

locura lamentarse—. Luego secóse las lágrimas y dijo tan alegremente como le fué posible: —De todos modos, lo mejor será que me digan cuál es el camino que sale del bosque. Empieza ya a oscurecer, ¿y no os parece que comienza a llover?

Tweedledum abrió un enorme paraguas para él y su hermano, miró a la niña y le dijo:

—No me parece. Al menos aquí debajo no llueve. ¡No faltaba más!

—Pero, ¿puede llover fuera? —preguntó Alicia.

—Puede, si te parece. Nada tenemos que objetar —convino Tweedledee—. ¡Al revés!

—¡Egoístas! —pensó Alicia, e iba a decirles: «¡Buenas noches!» y a dejarlos plantados, cuando Tweedledum salióse de debajo del paraguas y la agarró por una muñeca.

—¿Ves eso? —le preguntó con la voz entrecortada por la cólera, los ojos desorbitados, amarillentos de rabia, mientras señalaba con dedo tembloroso un pequeño objeto de metal blanco que pendía del árbol.

—Es un cascabel —contestó Alicia luego de un detenido examen—. ¡Pero entendámonos! ¡No una serpiente de cascabel! —agregó con prontitud pensando que el nombre pudiera asustarlos—. Un cascabel viejo y, por añadidura, estropeado.

—¡Ya lo sabía! —exclamó Tweedledum pataleando y tirándose de los cabellos—. Ya no sirve para nada! ¡Para nada!

Y miraba a Tweedledee, quien al instante sentóse en el suelo y trató de ocultarse bajo el paraguas.

Alicia puso la mano sobre el hombro de Tweedledum y le dijo con mucho cariño:

—Yo creo que no vale la pena ponerse de esa manera por un sonajero viejo.